

Junta de evaluación

CELESTE VIRELLE



Prólogo

Caminaban hacia el instituto con la resignación de quien avanza hacia una cita con sus propios fallos. La mañana era clara, pero a ellos les pesaba como si fuera lunes, aunque el calendario dijera otra cosa.

—Este trimestre me ha pasado por encima —dijo Dani—. Sobre todo, Biología. Abro el libro y parece que las palabras se reproducen.

—Yo en inglés —respondió Lucía—. Sé lo que quiero decir, pero cuando hablo sueno como una versión beta de mí misma.

Hablaron de exámenes que parecían trampas, de trabajos entregados tarde, de esa sensación de ir siempre un paso por detrás de lo que se espera. Ambos compartían una misma fatiga: la de intentarlo sin sentirse suficientes.

—Hoy van a hablar de nosotros en la junta —dijo Dani—. Me los imagino repasando nuestras notas como si fueran historiales médicos.

—“Tiene potencial, pero...” —citó Lucía—. Ese “pero” es como una puerta que no termina de abrirse.

El instituto ya se perfilaba al final de la calle cuando vieron a la pareja.

Discutían junto a la verja, con una intensidad que desentonaba con la calma de la mañana. Gestos tensos, frases cortadas, un reproche suspendido en el aire.

—Mira —susurró Dani—. Drama adulto.

Lucía observó con curiosidad distraída, hasta que la discusión, inesperadamente, se desinfló. Una pausa. Una mirada que se ablandó. Un suspiro. Y, de pronto, un beso breve, casi urgente, seguido de un abrazo largo, de esos que parecen cerrar una grieta invisible.

Al acercarse, reconocieron los rostros.

Dos de sus profesores.

Se miraron, incrédulos.

—¿Ellos? —murmuró Dani—. ¿En serio?

Lucía sintió una sorpresa que no era solo chisme, sino una especie de sacudida. Nunca los había imaginado juntos. En clase parecían pertenecer a mundos distintos, incluso a universos incompatibles.

—No me lo habría esperado jamás —dijo—. Para mí eran... normales. Separados. Profesores.

Dani soltó una risa nerviosa.

—Supongo que también tienen vida fuera de los exámenes... aunque cuesta imaginárselo.

Siguieron caminando, con la sensación de haber visto algo que no estaba destinado a los alumnos: un fragmento de humanidad detrás de la pizarra, un secreto accidental que desmontaba la idea de que los adultos lo tienen todo ordenado.

Y mientras avanzaban hacia el instituto, pensaron que quizá aquel trimestre no solo había sido complicado para ellos, sino para todos. Incluso para quienes, dentro de unas horas, decidirían su futuro sentados alrededor de una mesa de evaluación.

Capítulo 1(Inicio)

La junta de evaluación estaba programada para durar lo justo: el tiempo razonable para repasar nombres, números y decisiones que fingían ser objetivas. Nadie esperaba épica. A lo sumo, un par de bromas, algún bostezo disimulado y el alivio colectivo de terminar antes de que se enfriara el café.

La sala de profesores olía a rotulador, a papeles recién impresos y a esa mezcla indefinible de cansancio y buen humor que se acumula a final de trimestre. Sobre la mesa, las actas aguardaban como documentos diplomáticos entre países que se toleran.

Laura Benítez entró con su carpeta bajo el brazo y una sonrisa de quien cree que todo problema es, en el fondo, resoluble. Miguel Aranda dejó la chaqueta en el respaldo de una silla y comentó, con tono ligero, que las leyes de Newton también se aplicaban a las evaluaciones: todo tiende a permanecer en reposo si nadie lo empuja demasiado. Clara Ríos sacó su portátil como quien despliega una brújula moderna. Óscar Valverde probó el proyector con un comentario técnico que sonaba a chiste. Marina Soler revisó su móvil por última vez, como si cerrara la puerta del mundo exterior. Javier Montes se sentó despacio, con la tranquilidad de quien ya ha vivido juntas peores, mejores y todas iguales.

Ricardo León organizó los papeles con la precisión de un director de orquesta que ensaya un concierto breve. Elena Cortés tomó asiento en la cabecera con esa autoridad serena que sugiere que todo está bajo control, incluso lo imprevisible.

A las cinco en punto, alguien dijo:
—Empezamos.

Nadie sospechaba que aquel orden aparente, tan pulcro y cotidiano, estaba a punto de estirarse como una tarde que se resiste a terminar, ni que las actas, aparentemente inofensivas, acabarían comportándose como espejos: devolviendo más de lo que se les había pedido.

Para todos, aquella iba a ser una junta normal.
Una de esas que se olvidan al salir por la puerta.

Capítulo I — La Junta

La puerta se cerró con un clic suave, casi educado. Ese sonido, insignificante para cualquiera que pasara por el pasillo, marcó sin embargo el verdadero inicio de algo que ninguno de los presentes habría sabido nombrar en ese momento.

Elena Cortés ocupó la cabecera de la mesa con la naturalidad de quien no necesita reivindicar el lugar que le corresponde. Dejó el bolso a un lado, colocó la carpeta frente a ella y, antes de abrirla, levantó la vista. Miró a las personas. No de manera inquisitiva, sino con una atención medida, casi clínica, como quien repasa mentalmente el estado de una estructura antes de cargar peso sobre ella.

—Bien —dijo al fin—. Empezamos.

Ricardo León encendió el proyector. El zumbido llenó la sala durante un segundo antes de estabilizarse. En la pared apareció una diapositiva simple: curso, grupo, número de alumnos. Un esquema tan habitual que resultaba tranquilizador. Nada fuera de lo común. Nada que despertara alarma.

—Antes de entrar en nombres —continuó Elena—, creo que conviene recordar cómo vamos a organizarnos. Las evaluaciones no son solo números. Son decisiones.

Laura Benítez cruzó las manos sobre la carpeta, apoyando los antebrazos en la mesa.

—Como siempre —dijo con una sonrisa ligera—. Cada uno expone su materia, su impresión general... y se decide.

Miguel Aranda negó despacio, con una paciencia que no era resignación, sino costumbre.

—No exactamente —corrigió—. No se trata de exponer. Se trata de equilibrar.

Clara Ríos levantó la vista del portátil, interesada.

—Y de proyectar —añadió—. Pensar más allá de este trimestre. No todos llegan al mismo sitio, aunque partan del mismo punto.

Durante unos segundos nadie habló. Javier Montes carraspeó suavemente, sin interrumpir el ritmo.

—Antes a eso lo llamábamos saber colocar a la gente —comentó—. Ahora lo llamamos orientación académica.

Elena aceptó la observación con una leve inclinación de cabeza, sin concederle más espacio del necesario.

—Los nombres cambian —dijo—, pero la función es la misma. Lo que no podemos permitirnos es el desorden.

Ricardo pasó a la siguiente diapositiva. La tabla era más compleja: rendimiento, actitud, entorno familiar, potencial. Columnas y su columna que reducían vidas enteras a palabras manejables.

—Tenemos perfiles muy distintos estos trimestres —explicó—. Algunos alumnos necesitan un seguimiento más cercano.

Óscar Valverde se reclinó en la silla.

—Dicho en claro: no se les puede soltar la correa.

Marina Soler respondió sin ironía.

—Y a otros, en cambio, hay que darles acceso. Recursos. Espacio para crecer.

Laura levantó la vista hacia Elena.

—¿Y quién decide eso?

Elena sostuvo la mirada sin pestañear.

—Nosotros.

No hubo réplica. No porque nadie tuviera nada que objetar, sino porque todos comprendieron que la frase no admitía matices.

Miguel apoyó los codos en la mesa.

—Propongo empezar por los casos frontera —dijo—. Los que pueden avanzar... o quedarse donde están.

Ricardo asintió y señaló un nombre en la pantalla.

—Dani.

Clara reaccionó al instante.

—Capaz, pero todavía imprevisible. Observa demasiado.

—Aprende rápido —añadió Laura—. Y pregunta cuando otros callan.

Javier sonrió apenas.

—Eso nunca ha sido un defecto en sí mismo.

Elena levantó un dedo.

—Depende de a quién se dirijan las preguntas.

Hizo una breve pausa, lo justo para que todos entendieran que la decisión ya estaba tomada.

—De momento se queda dónde está. Sin estímulos adicionales. Sin privilegios.

Ricardo anotó algo.

—Control moderado.

—Lucía —intervino Marina—. Perfil distinto.

—Discreta —dijo Miguel—. Escucha más de lo que habla.

—Eso es valioso —opinó Laura.

—Y arriesgado —corrigió Óscar— si no sabemos qué hace con lo que oye.

Elena reflexionó un segundo más.

—A Lucía se le abre una puerta —decidió—. No del todo. Que vea el interior.

Ricardo escribió.

—Acceso parcial.

La reunión avanzó entre nombres, matices y silencios cargados de significado. Cuando Elena cerró la carpeta, el esquema estaba completo.

—Recordad —dijo—: esto no existe fuera de esta sala.

Uno a uno asintieron.

Al otro lado de la puerta, el instituto seguía siendo un instituto.

Pero dentro de aquella sala, mientras los pasos se alejaban por el pasillo y el murmullo del centro recuperaba su volumen habitual, algo había quedado fijado.

Elena fue la última en levantarse. Recogió los papeles con cuidado, como si el orden físico pudiera garantizar el orden de lo decidido. Ricardo permanecía sentado, revisando una vez más las anotaciones, no por necesidad, sino por hábito.

—Te has quedado corto con Dani —dijo él sin levantar la vista.

Elena se detuvo.

—No —respondió—. Me he quedado exacta.

Ricardo cerró la carpeta.

—Eso suele ser más peligroso.

Ella lo observó un instante. No había reproche en su tono, solo una constatación tranquila. Esa forma de hablar era una de las razones por las que confiaba en él. No buscaba agradar, ni destacar. Ajustaba.

¿Lo dudas? —preguntó.

—No —dijo Ricardo—. Pero conviene recordar que los que miran demasiado suelen entender antes que los demás dónde están.

Elena apoyó una mano en el respaldo de la silla.

—Por eso mismo —dijo— hay que darles tiempo.

Ricardo asintió. No era una concesión, era un acuerdo.

Salieron juntos de la sala. En el pasillo, un grupo de alumnos pasó corriendo, riendo por algo que no alcanzaron a oír. Ricardo los siguió con la mirada.

—A veces olvido —dijo— que todo esto empezó por ellos.

Elena no respondió de inmediato.

—No empezó por ellos —corrigió al fin—. Empezó para que nada se nos fuera de las manos.

Ricardo la miró entonces, sorprendido por la honestidad desnuda de la frase. Elena se dio cuenta y suavizó el gesto.

—Eso también es proteger —añadió.

Caminaron unos metros más en silencio. Al llegar a la puerta de salida del edificio, Ricardo se detuvo.

—Elena.

Ella se volvió.

—Si en algún momento esto deja de parecerte necesario... —empezó.

Ella negó despacio.

—No me hables como si no supiera lo que estoy haciendo.

Ricardo sonrió apenas.

—Justo por eso trabajo contigo.

Durante un segundo, ninguno de los dos se movió. No hubo gesto, ni palabra añadida. Solo una certeza compartida, todavía sin nombre.

Cuando finalmente se separaron, el instituto quedó atrás, iluminado como siempre, ajeno a la arquitectura invisible que empezaba a sostenerlo.

Capítulo II — Las Consecuencias

El lunes siguiente llegó sin anuncios ni sobresaltos. Las clases comenzaron a la hora habitual. Los pasillos sonaban igual. Pero algo había cambiado.

Dani lo notó en seguida. No fue una frase, ni una orden directa. Fue la forma en que Laura lo miró al entrar en el aula: correcta, cordial, ligeramente distante.

—Hoy vamos a trabajar en grupos —anunció ella—. Ya están asignados.

El nombre de Dani apareció en una esquina del aula, lejos de Lucía. No era castigo. No era premio. Era aislamiento funcional.

Lucía, en cambio, recibió una contraseña nueva para acceder a una plataforma digital del centro. Marina se la entregó con una sonrisa.

—Prueba piloto —dijo—. No es para todos.

Lucía asintió, consciente de que acababa de cruzar una línea invisible.

En la sala de profesores, Ricardo observaba desde la puerta.

—Se están adaptando —comentó.

Miguel bebió café.

—Siempre lo hacen. La cuestión es cómo.

—Y quién aprende antes —añadió Clara.

Ese mismo día, un alumno fue citado a jefatura por una falta menor. Nada grave. Pero la entrevista duró más de lo habitual. Salió pálido. Silencioso.

Javier lo vio pasar.

—Antes hablábamos más —dijo en voz baja.

Elena no respondió.

Por la tarde, Laura corrigió exámenes con una precisión nueva. No buscaba errores: buscaba patrones.

—Esto ya no va solo de enseñar —pensó—. Va de sostener.

La noche cayó temprano sobre el instituto. Desde fuera, el edificio parecía tranquilo, casi inofensivo, pero dentro aún quedaban luces encendidas en algunas aulas y despachos.

Miguel Aranda fue uno de los últimos en marcharse. Caminó despacio por el pasillo, con las manos en los bolsillos, repasando mentalmente el día. No recordaba una jornada especialmente conflictiva, y aun así tenía la sensación de haber atravesado algo importante sin darse cuenta del todo.

Se detuvo frente a un aula vacía. Miró el interior durante unos segundos.

—Algo se está tensando —murmuró—. Y no son ellos.

Al día siguiente, Clara Ríos notó el cambio de otra manera. Durante su clase, varios alumnos levantaron la mano menos de lo habitual. No porque no supieran, sino porque parecían medir cada intervención, como si hablar tuviera ahora un peso nuevo.

—Podéis equivocaros —les dijo—. Aquí no pasa nada por hacerlo.

Las miradas se cruzaron entre ellos. Nadie respondió.

Al terminar la clase, Clara se quedó sentada unos segundos más, observando el aula vacía.

—Cuando el miedo entra en clase —pensó—, el aprendizaje sale por la ventana.

En el taller de tecnología, Óscar Valverde golpeó suavemente la mesa con una herramienta.

—Venga, probad —insistió—. No hay una sola forma de hacerlo bien.

Un alumno dudó antes de tocar el material.

—¿Seguro? —preguntó.

Óscar se quedó inmóvil un instante.

—Eso espero —respondió—. Porque si no, algo estamos haciendo mal.

En la sala de profesores, Marina Soler trabajaba con varios documentos abiertos en el ordenador. El proyecto digital avanzaba rápido, pero no con la ligereza que ella había imaginado. Cada acceso concedido parecía generar una distancia nueva entre los alumnos.

Laura entró y dejó su carpeta sobre la mesa.

—Lucía va muy bien —comentó Marina—. Demasiado bien.

Laura asintió.

—Y Dani está conteniéndose —añadió—. No por falta de capacidad. Por cautela.

Marina cerró el portátil.

—No debería ser así.

—No —coincidió Laura—. Pero lo estamos permitiendo.

A media mañana, Javier Montes pidió hablar con Ricardo. No fue una queja formal, ni una reclamación directa. Fue una conversación pausada, casi cansada.

—He visto muchos sistemas nacer —dijo Javier—. Todos empiezan con buenas intenciones.

Ricardo escuchó en silencio.

—Y casi todos olvidan algo —continuó Javier—: que las personas no son columnas de una tabla.

—Nadie ha dicho eso —respondió Ricardo.

—No hace falta decirlo —replicó Javier—. A veces basta con actuar como si lo fueran.

Ricardo no respondió de inmediato.

—Elena cree que este es el camino —dijo al final.

—Eso lo sé —contestó Javier—. Y precisamente por eso me preocupa.

Esa tarde, Elena convocó una breve reunión informal. No hubo actas ni orden del día. Solo una mesa, café y miradas cargadas de cosas no dichas.

—Esto no es una revisión —aclaró—. Es un seguimiento.

Miguel fue el primero en hablar.

—Estamos detectando cambios emocionales —dijo—. No solo académicos.

—Eso es inevitable —respondió Elena— cuando se toman decisiones.

—No cuando se explican —replicó Clara con suavidad.

Elena la miró con atención.

—No todo se puede explicar —dijo—. Y no todo se debe.

Óscar apoyó las manos sobre la mesa.

—Pero todo tiene un impacto —añadió—. Y ese impacto ya está ahí.

Elena respiró hondo.

—Lo sé.

Por primera vez, no sonó segura. No del todo.

Ricardo lo notó.

Esa noche, cuando el instituto quedó vacío, Elena permaneció sentada en su despacho. No trabajaba. Pensaba. En las decisiones tomadas. En las miradas esquivas. En el silencio de Ricardo durante la reunión.

—Las consecuencias no siempre gritan —pensó—. A veces esperan.

En sus casas, Dani repasaba apuntes sin concentrarse del todo. Lucía cerraba el ordenador con una mezcla de orgullo y miedo. Ambos

sentían lo mismo, aunque no lo hubieran hablado: algo estaba cambiando, y ellos estaban en medio.

El instituto dormía.

Pero las decisiones seguían despiertas.

Y el Capítulo II quedaba marcado por una certeza incómoda: nada de lo que estaba ocurriendo era casual, y todo tendría un precio.

Capítulo III — La Grieta

La grieta no apareció de golpe. Se insinuó.

Fue Óscar quien la notó primero.

—Estamos afinando demasiado —dijo durante una reunión informal—. No todo se puede controlar.

Ricardo levantó la vista.

—El control es lo único que evita el caos.

—O lo provoca —replicó Óscar.

Silencio.

Miguel intervino.

—Las estructuras funcionan mientras todos crean en ellas.

Clara cerró el portátil.

—Y cuando alguien deja de creer, se convierte en un problema.

Laura observó a Óscar. Por primera vez, no sonrió.

—¿Estás diciendo que no confías?

Óscar sostuvo la mirada.

—Estoy diciendo que no sé hasta dónde queremos llegar.

Elena habló por primera vez en varios minutos.

—Hasta donde haga falta.

La frase cayó pesada.

Javier se levantó despacio.

—Eso ya lo he oído antes —dijo—. Y nunca termina bien.

Elena no lo detuvo cuando salió de la sala.

Esa noche, Dani recibió un correo automático: cambio de itinerario académico recomendado.

Lucía, en cambio, fue invitada a colaborar en un proyecto especial.

Ambos entendieron, sin hablarlo, que el tablero se estaba moviendo.

Y que alguien, en algún lugar del instituto, estaba decidiendo por ellos.

La tarde avanzó con una lentitud engañosamente tranquila. A simple vista, el instituto seguía obedeciendo a su rutina: cambios de clase, avisos por megafonía, el eco de pasos apresurados por las escaleras. Sin embargo, bajo esa capa de repetición conocida, las decisiones tomadas la tarde anterior empezaban a sedimentarse.

Ricardo pasó por conserjería y se detuvo a hablar con Manuel, el bedel. No mencionaron nada relevante: una puerta que chirriaba, un fluorescente que parpadeaba en el ala antigua del edificio. Aun así, Ricardo tomó nota mental de quién entraba y quién salía, de quién se detenía más de la cuenta en el tablón de anuncios, de qué padres preguntaban con demasiada insistencia.

En el aula de 4º J, Laura propuso una actividad distinta. Dividió la clase en grupos que no seguían afinidades evidentes. Dani quedó emparejado con alumnos con los que apenas había hablado durante el curso. Al principio protestó con un gesto mínimo; luego se adaptó. Laura observó el proceso con atención clínica. No intervenía. Dejaba que el ajuste ocurriera solo.

—Esto también es aprender —pensó—, aunque no lo sepan.

Lucía, sentada cerca de la ventana, trabajaba en silencio. Desde que Marina le había dado acceso a la plataforma digital, se movía con una

cautela nueva, como si supiera que estaba siendo observada. No presumía de ello. No lo compartía. Simplemente cumplía.

Al finalizar la jornada lectiva, Elena recorrió el edificio acompañada de Ricardo. No era una ronda oficial. Era una caminata lenta, casi casual, que los llevaba por pasillos menos transitados, por aulas vacías donde aún flotaba el olor a tiza y desinfectante.

—¿Te has preguntado alguna vez —dijo Elena— en qué momento dejamos de decidir por convicción y empezamos a hacerlo?

—...por necesidad? —terminó Elena, sin mirarlo.

Ricardo caminó un par de pasos más antes de responder.

—Cuando la necesidad empieza a parecerse demasiado a una costumbre.

Elena se detuvo. Observó un aula vacía a través del cristal de la puerta. Las mesas alineadas, la pizarra limpia, el orden perfecto de un espacio diseñado para funcionar.

—La convicción también se desgasta —dijo—. Y cuando eso ocurre, la necesidad mantiene las cosas en pie.

Ricardo apoyó una mano en el marco de la puerta.

—O las mantiene tensas —replicó—. Hasta que algo cede.

Elena no respondió. Siguieron caminando en silencio.

A la mañana siguiente, el claustro amaneció dividido, aunque nadie lo hubiera declarado abiertamente. No había bandos visibles, pero sí miradas más largas, conversaciones que se interrumpían al entrar alguien, opiniones que se quedaban a medias.

Miguel Aranda coincidió con Clara Ríos en la escalera.

—Esto ya no va de métodos —dijo él—. Va de confianza.

Clara asintió.

—Y la confianza no se impone —añadió—. Se construye. O se pierde.

En el aula de tecnología, Óscar trabajaba con los alumnos en silencio. No bromeaba como de costumbre. Cada explicación era precisa, casi seca. Al terminar la clase, un alumno se acercó.

—Profe... ¿esto cuenta para algo más?

Óscar lo miró, sorprendido.

—¿Más que aprender?

El alumno se encogió de hombros.

—No lo sé. Últimamente parece que todo cuenta.

Óscar no supo qué responder.

En la sala de profesores, Laura y Marina compartían mesa sin hablar. Sobre la superficie se acumulaban exámenes, portátiles, hojas con anotaciones que no figuraban en ningún registro oficial.

—Lucía está yendo muy rápido —dijo Marina al fin—. Y eso la está aislando.

Laura cerró un examen.

—Y Dani está yendo más despacio —respondió—. No porque no pueda, sino porque se está conteniendo.

Marina suspiró.

—No era esto lo que pretendíamos.

—No —coincidió Laura—. Pero es lo que está pasando.

Esa tarde, Javier Montes pidió una reunión con Elena. No fue formal. No hubo acta. Solo dos sillas frente a frente.

—He dedicado mi vida a este lugar —dijo Javier—. He visto pasar modas, reformas, sistemas enteros.

Elena lo escuchó sin interrumpir.

—Y todos fallan cuando olvidan algo —continuó—: que educar no es dirigir un tablero.

—No lo he olvidado —respondió Elena—. Lo estoy protegiendo.

Javier negó despacio.

—No se protege apretando demasiado.

Elena sostuvo su mirada.

—A veces es la única forma de evitar que todo se desmorone.

—O de ser quien lo provoque —replicó él.

La conversación terminó sin acuerdo.

Aquella noche, Ricardo revisó correos hasta tarde. Informes cruzados, peticiones de padres, solicitudes de orientación. Todo encajaba. Demasiado.

Abrió el correo de Dani. Cerró el de Lucía. Permaneció unos segundos con la pantalla en blanco.

—Esto ya no es solo gestión —pensó—. Es poder.

En sus casas, Dani releía el correo una y otra vez. No entendía del todo las palabras, pero sí el mensaje. Algo estaba siendo decidido sin él.

Lucía, frente al ordenador, dudó antes de aceptar la invitación al proyecto especial. Finalmente lo hizo. No por ambición, sino por miedo a quedarse fuera.

El instituto, ajeno en apariencia, seguía funcionando con puntualidad matemática. Pero bajo esa precisión, la grieta se ensanchaba poco a poco.

No había explosión. No había gritos.

Solo decisiones.

Silencios.

Y una certeza cada vez más clara:

alguien estaba empujando los límites,
y no todos estaban dispuestos a seguir creyendo.

La grieta empezó a notarse también fuera de los despachos.

En el patio, los alumnos hablaban más bajo. No porque alguien se lo hubiera pedido, sino porque intuían que había cosas que ya no convenía decir en voz alta. Las conversaciones se fragmentaban cuando pasaba un profesor. Las risas se cortaban antes de tiempo.

Dani lo percibió con claridad durante el recreo. Dos compañeros discutían sobre el cambio de itinerarios y, al verlo acercarse, cambiaron de tema.

—Da igual —dijo uno—. Total, ya está decidido.

Esa frase se le quedó clavada.

En clase de Física, Miguel Aranda detuvo la explicación a mitad de una frase.

—Parad un momento —pidió.

Las miradas se alzaron, expectantes.

—Quiero que me digáis algo —continuó—. ¿Tenéis la sensación de que equivocarse ahora pesa más que antes?

Hubo silencio.

Luego, una mano tímida se levantó.

—Sí —respondió una alumna—. Como si todo contara más.

Miguel asintió despacio.

—Eso es justo lo que no debería pasar.

Al terminar la clase, Miguel se quedó sentado unos segundos, mirando la pizarra sin verla. Tomó una decisión que llevaba días posponiendo.

En el pasillo, alcanzó a Ricardo.

—Tenemos que hablar —dijo—. En serio.

Ricardo lo miró con atención.

—Lo sé.

Mientras tanto, en el aula de Biología, Clara Ríos improvisó una dinámica que no estaba prevista. Dejó los apuntes a un lado y pidió a los alumnos que escribieran de forma anónima una sola frase: *qué es lo que más les preocupa ahora mismo*.

Leyó algunas después.

—“No saber si voy bien.”

—“Sentir que me están mirando todo el tiempo.”

—“Equivocarme y que eso me marque.”

Clara cerró los ojos un instante.

—Gracias por escribirlo —dijo—. Esto también importa.

En tecnología, Óscar Valverde discutía consigo mismo más de lo habitual. Ajustaba detalles mínimos, corregía dos veces lo que antes corregía una. No era perfeccionismo: era desconfianza.

Al terminar la jornada, fue directo a la sala de profesores.

—Esto ya no es una percepción —dijo—. Es un problema.

Laura lo miró.

—Lo sé.

—¿Y vamos a hacer algo? —preguntó él.

Laura dudó.

—No sin romper algo.

—Entonces quizá haya que romperlo —replicó Óscar.

Marina Soler llegó tarde a la conversación. Dejó el bolso sobre la mesa con un gesto cansado.

—He hablado con Lucía —dijo—. No está bien.

—¿En qué sentido? —preguntó Laura.

—En el sentido de que siente que avanzar implica alejarse de los demás. Y eso no debería ser el precio.

El nombre quedó flotando en el aire.

En el despacho de dirección, Elena revisaba informes cuando Ricardo entró sin llamar. No llevaba papeles. Solo una expresión que ella conocía bien.

—Esto se nos está yendo de las manos —dijo él.

Elena levantó la vista con calma.

—No exageres.

—No lo hago —respondió—. Miguel, Clara, Óscar... incluso Laura. No están cómodos.

Elena se levantó despacio.

—Nunca lo están cuando las cosas cambian.

Ricardo dio un paso más.

—No es resistencia al cambio. Es miedo a las consecuencias.

Elena lo miró fijamente.

—Las consecuencias existen hagamos lo que hagamos.

—Sí —asintió Ricardo—. Pero no todas las elegimos.

El silencio se volvió tenso. No hostil. Intenso.

—¿Estás conmigo o no? —preguntó Elena, al fin.

Ricardo no respondió de inmediato.

—Estoy aquí —dijo—. Y eso debería significar algo.

Elena apretó los labios.

—A veces no es suficiente.

Aquella noche, Dani escribió un correo que no envió. Lucía cerró el portátil sin terminar una tarea. Miguel dejó una carpeta sobre la mesa

de su casa sin abrirla. Clara revisó una y otra vez las frases de sus alumnos. Óscar apagó la luz del taller más tarde que nunca. Laura corrigió sin ver. Marina dudó.

Y Javier Montes, sentado en su salón, tomó una decisión silenciosa: si nadie ponía límites, alguien tendría que hacerlo.

El instituto seguía en pie.
Pero la grieta ya no era invisible.

Y lo más peligroso no era que se hubiera abierto, sino que cada vez más personas empezaban a verla.

Epílogo

Salieron del instituto cuando la noche ya había terminado de cerrar los pasillos, las ventanas y hasta las excusas. Las luces interiores quedaban atrás, encendidas como restos de una conversación que nadie quería continuar.

Caminaban despacio, agotados de cuerpo y de algo más difícil de nombrar.

—Vamos a titular —dijo Dani, con una voz que sonaba correcta pero cansada—. Supongo que es una buena noticia.

Lucía asintió, aunque la alegría no terminaba de aparecer.

—Sí. Buena. Importante. Oficial.

Durante la junta habían escuchado más que veredictos sobre sus notas. Habían percibido miradas que se evitaban, silencios que pesaban más que las palabras, cambios de tono en frases aparentemente neutras. En algún momento, una broma demasiado tensa. En otro, un comentario que sonó a reproche antiguo. Más tarde, una pausa larga, una disculpa casi invisible, una complicidad reconstruida a media voz.

Nada explícito.
Pero suficiente.

—¿Te has dado cuenta...? —empezó Dani, sin terminar la frase.

Lucía lo miró.

—Sí.

Habían notado cómo algunos profesores defendían a otros sin decirlo. Cómo una mirada suavizaba una decisión dura. Cómo alguien bajaba la voz justo a tiempo. Cómo una discusión se cerraba con un gesto mínimo, casi doméstico.

—Creía que los profes lo tenían todo claro —dijo Dani—. Y hoy parecía que estaban tan perdidos como nosotros.

—O igual —respondió Lucía— solo son mejores disimulando.

Caminaron unos metros más. El cansancio era físico, pero también moral, como si hubieran asistido no solo a una evaluación académica, sino a un ensayo general de la vida adulta.

—Después de todo esto —murmuró Dani—, no sé si ha valido la pena tanto miedo, tanto esfuerzo... tanta presión.

Lucía tardó en responder.

—Quizá no se trata de si ha valido la pena —dijo al fin—. Quizá se trata de no desperdiciar lo que nos ha costado llegar hasta aquí.

Antes de separarse, Lucía recordó una frase que había escuchado en clase, pronunciada alguna vez con solemnidad y hoy con una resonancia nueva.

—Séneca decía: “*No es que tengamos poco tiempo, sino que perdemos mucho.*”

La frase quedó suspendida entre ambos, como una advertencia o como una promesa.

Luego se despidieron sin saber si lo que los unía —esa complicidad nacida entre nervios, cansancio y secretos observados— sería el inicio de una amistad más profunda... o el comienzo lento de una distancia inevitable.

Capítulos

Prólogo	¡Error! Marcador no definido.
Capítulo I — La Junta.....	6
Capítulo II — Las Consecuencias	11
Capítulo III — La Grieta	16
Epílogo	25